



Contribuciones desde Coatepec

ISSN: 1870-0365

rcontribucionesc@uaemex.mx

Universidad Autónoma del Estado de México
México

Montes de Oca Navas, Elvia

Un poco más sobre la Revolución Mexicana de 1910, narrada a través de las novelas

Contribuciones desde Coatepec, núm. 2, enero-junio, 2002, pp. 53-72

Universidad Autónoma del Estado de México

Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28100205>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Un poco más sobre la Revolución Mexicana de 1910, narrada a través de las novelas

ELVIA MONTES DE OCA NAVAS

El Colegio Mexiquense

En este ensayo analizo algunas novelas de la Revolución Mexicana de 1910, cuyos autores participaron o fueron testigos de los hechos narrados.

Las novelas seleccionadas abordan temas semejantes a los que se tratan en los libros históricos: tales como héroes y personajes, algunos de ellos anónimos, ideas y programas de los participantes, desarrollo de batallas, ejércitos combatientes, fin de la revolución armada y otros temas que hacen que la literatura, en este caso la novela, aporte una versión más sobre la Revolución Mexicana.

Contra la crítica literaria tradicional que afirmaba que la obra artística era un producto de la pura subjetividad, resultado del trabajo de un artista no comprometido, hoy, casi de manera unánime, se sostiene que entre las condiciones históricas concretas y la creación artística existe un nexo imposible de negar; no se trata de una relación llana y sin bordes, es un juego dialéctico el que entre ellas se establece. Sin embargo, en esa riqueza de tonos y matices se encierra todo un mundo de elementos que permiten comprender la complejidad de una sociedad como un todo.

Entre la cultura, comprendida en ella la literatura, y la realidad social existe una relación recíproca que no significa una relación de causalidad necesaria. En la obra literaria el artista encierra la realidad social que le tocó vivir y el ángulo social desde el que la percibe, la interpreta y a la que, si así lo quiere, le impone el desenlace que decide.

En este juego complicado de relaciones entre objetividad-subjetividad, realidad-ficción, verdad-fantasía, historia-relato imaginario, surge la novela como una de las creaciones más frecuentadas para la narración de hechos, situaciones, momentos, que el artista deja plasmados en su obra, desafiando, de alguna manera, la propia historicidad de lo que narra y la suya misma.

Aristóteles en su libro *La poética* defendió la superioridad de la literatura sobre la historia. La poesía es superior a la historia, afirmó el estagirita, porque nos cuenta las cosas como “ojalá hubieran pasado”, en cambio, la historia nos las narra

“tal como pasaron”. Además, la poesía se ocupa de verdades universales y la historia tan sólo de hechos particulares. “Y por este motivo la poesía es más filosófica y esforzada empresa que la historia, ya que la poesía trata sobre todo de lo universal, y la historia, por el contrario, de lo singular”. Recordemos que en el mundo de los griegos, la filosofía era un saber universal por su tema y radical por su método. El tema de la literatura también es universal, de ahí su semejanza con la filosofía.

La novela en sus orígenes, según Lukács, muestra fundamentalmente a una sociedad burguesa en ascenso, pero asimismo refleja su degradación con respecto a los valores tradicionales considerados como fundamentales para el buen y sano convivir entre los hombres. La novela refleja un mundo problemático, con héroes que muchas veces ya no son los individuos aislados, como en los viejos romances europeos, sino que ahora son también los pueblos, que no siempre se dirigen hacia nobles ideales. Pueblos guiados muchas veces por líderes equivocados que luchan tan sólo por intereses inmediatos en el tiempo como son el enriquecimiento fácil y el poder o el “avance”, como se le llamó al saqueo y la rapiña en la Revolución Mexicana.

En *Sociología de la literatura*, Lukács afirma que la tarea del artista consiste en hacerse consciente y reproducir la realidad que se desarrolla de un modo partidista. El contenido de la novela es la historia del alma que sale para conocer el mundo exterior en busca de aventuras y, en esas aventuras, encontrar su propia esencia. Se descubre un mundo externo caótico, “dejado de la mano de Dios”, falto de sustancia, poseído por “héroes demoníacos”, y un mundo incomprensible que parecía diáfano y transparente como el cristal, pero al que en el fondo no se le encuentra camino de salvación.

En la novela mexicana de fines del siglo pasado, fue disminuyendo importancia, pureza de estilos, formas y temas venidos del extranjero, especialmente de Europa; lo propio adquirió valor, lo popular y autóctono dieron vida al nuevo arte, el pueblo y sus anhelos se convirtieron en fuente inagotable para la producción literaria.

Con el movimiento de 1910, escritores e intelectuales mexicanos se vieron fuertemente sacudidos por su realidad, no por la de otros tiempos y lugares que no eran los propios; quisieron dejar para la posteridad esa realidad reflejada en su obra, se esforzaron en reproducirla “tal como fue”, con toda su vivacidad y dramatismo; surgió así una nueva literatura, que intentó captar el movimiento revolucionario en sus diversas caras.

Los novelistas no se propusieron escribir historia, sino precisamente eso, novela, por lo tanto que no se sintieron obligados con la veracidad ni con la objetividad, siempre relativas, a las que se debe el historiador. Los novelistas armaron los hechos a su manera y le dieron su propia interpretación artística, no histórica.

En las novelas de la Revolución Mexicana aquí abordadas, quedó registrado, a menudo con los márgenes de libertad o parcialidad que se permite el autor, el

movimiento armado de 1910, y se mezclaron los elementos antagónicos pero complementarios de lo que sucedió en la realidad de ese tiempo y de lo que el escritor quiso que en su obra sucediera; sucesos en los que el autor fue a menudo actor del episodio que le interesó aprehender en su creación, y que por tal intransferible razón narra una historia viva y cercana de la Revolución. El creador conoce, ha sido testigo o se ha mantenido muy cercano a las condiciones sociales concretas del México de 1910, a las ideas que dominaban el pensamiento y guiaban las acciones de los hombres de ese tiempo: ideología, constelación de valores diversos y en ocasiones hasta contradictorios. A través de esa corriente testimonial y mediante la hechura artística, es posible conocer la ideología de la época y asimismo la del escritor.

En la medida en que la Revolución Mexicana supuso una lucha de clases sociales, unas en ascenso y otras en decadencia, la Novela de la Revolución inevitablemente significa y expresa —así sea como subproducto de su elaboración artística— esa lucha de clases; una lucha en que la toma del poder político equivalía al triunfo para algunas de ellas, en tanto que otras fuerzas luchaban porque se realizara, como producto de su acción, una profunda revolución económica y social.

Aunque los escritores no se lo hubieran propuesto, en las novelas se mezcló la literatura y la historia; en ellas la imaginación y la realidad difícilmente marcaron sus fronteras, lo anecdótico y lo trascendente se cruzaron; en fin, fueron obras en donde el autor y el actor no solamente se mezclaron, sino que se unieron en uno solo.

La vieja cultura colonial poco a poco se disolvió en el tiempo. El triunfo del mestizo y con él el nacimiento de una nación dominaron todos los ámbitos; empezó a surgir una nueva cultura y una incipiente conciencia nacional, que se vieron sacudidas por un fuerte movimiento revolucionario.

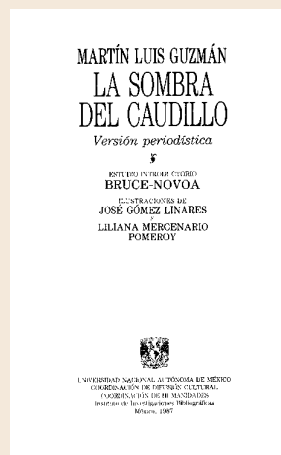
La nueva literatura mexicana, la plasmada a través de las novelas de la Revolución, es fundamentalmente histórica, política, popular. Penetró de diferentes maneras en los poros de la nueva sociedad, animó a sus simpatizantes y reprimió a sus adversarios, se extendió por diversos lados y se multiplicó de manera asombrosa.

Todo lo que había sido reprimido o disfrazado, encontró una fuente casi inagotable para salir a la luz a través de las novelas; por medio de ellas se hizo la crítica que antes sólo se hacía a través de periódicos y caricaturas, y que era considerada como subversiva y desleal; se trató de una literatura que denunció, a la manera de cada uno de los escritores, la realidad que se vivía y, aunque no siempre de manera explícita, dejó entrever la realidad social por la que según los escritores se luchaba.

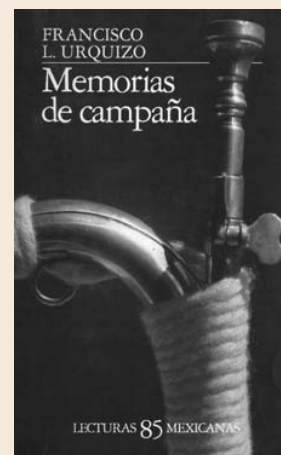
El escritor se vio impulsado a escribir y crear un nuevo tipo de literatura; habían cambiado las condiciones sociales de la realidad mexicana, era necesario crear una nueva literatura que acompañara estos cambios. Varios de los escritores de las novelas de la Revolución carecieron de una preparación literaria propiamente



Los de abajo



La sombra del caudillo



Memorias de campaña

te dicha, tuvieron que crear un nuevo estilo, una nueva temática que les permitiera lanzar un mensaje político a las clases sociales.

Las novelas de la Revolución no significan solamente una nueva temática y estilo literarios, significan toda una producción política e ideológica que responde y acompaña a los cambios económicos de la sociedad mexicana. El análisis de las novelas de la Revolución permite conocer este movimiento, a través de los efectos que provocó en el mundo de las ideas, manifiesto en la literatura.

Las primeras novelas de la Revolución Mexicana aparecen como obras testimoniales de escritores que, de una u otra manera, habían participado en ella. Desde entonces hasta nuestros días la Revolución armada sigue siendo tema de inspiración de muchas obras, aunque ya no se trate de obras testimoniales escritas por participantes u observadores directos. Es difícil señalar el periodo que abarca la llamada Novela de la Revolución Mexicana, pues si se considera como tal cualquiera que tenga a la Revolución como fondo, entonces este ciclo jamás será cerrado totalmente; lo mismo pasa con cualquier otro tipo de novela que se refiera a algún hecho histórico.

Hay quienes inician este periodo con la obra *Tomóchic* (1893-1895) de Heriberto Frías, o con la obra de Mariano Azuela *Andrés Pérez Maderista* (1911), aunque hay quienes no la incluyen dentro de la Novela de la Revolución por considerarla del género costumbrista que se cultivó durante el Porfiriato, y que únicamente señalaría la psicología oportunista del protagonista que participa en el movimiento maderista, al darse cuenta que éste no provocaría ningún cambio social peligroso; posición idéntica a la que tomaron muchos advenedizos y convencidos que participaron de última hora en la Revolución. Algunos cierran este ciclo con las

obras que se refieren a la caída de Carranza (1920); entonces quedarían fuera buena parte de la obra de Martín Luis Guzmán que escribe sobre los tiempos posteriores a Carranza, los de Obregón y Calles; otros cierran el ciclo con la revolución cristera.

Frente a las diversas opiniones que existen, yo elegí las novelas que narran el periodo armado que va de 1910 a 1917, y otras más que abarcan hasta la época de Obregón y Calles, como la *Sombra del caudillo* de Martín Luis Guzmán, y que fueron escritas por testigos del movimiento armado.

La mayoría de estas novelas se caracteriza por su condición de memorias; a través de ellas cada autor dio a conocer su intervención en la Revolución. José Luis Martínez dice en *La novela de la Revolución*: “El género adopta diferentes formas, ya el relato episódico que sigue a la figura central de un caudillo, o bien la narración cuyo protagonista es el pueblo; otras veces se presenta la perspectiva autobiográfica y, con menos frecuencia, los relatos objetivos o testimoniales”.

Los novelistas no escribieron desde la perspectiva de una auténtica clase social ya consolidada, lo hicieron desde una clase media en ascenso que, movida por un sentimiento compasivo, se dolía de los oprimidos por la vieja élite. Clase media más o menos ilustrada que veía con gran temor, y a la vez compasión, lo que estaba sucediendo bajo el gobierno de Díaz y su grupo de científicos. Temor por lo que podría suceder, y que finalmente sucedió, un gran movimiento social en donde los implicados dieran rienda suelta a la violencia y la barbarie. Compasión por “los de abajo”, cuya situación no podía ser prolongada más, y que era ya irresistible para cualquier ser humano.

Los autores aquí incluidos son Mariano Azuela, Martín Luis Guzmán, José Vasconcelos, José Rubén Romero y Agustín Vera, quienes cronológicamente pueden agruparse en un primer grupo. Los otros son Francisco L. Urquiza, José Mancisidor, Nellie Campobello, Gregorio López y Fuentes, Rafael F. Muñoz, Mauricio Magdaleno, Miguel N. Lira, Francisco Rojas González y Jorge Ferretis, quienes integran un segundo grupo.

Los dos grupos representan una variedad de actores o testigos de la Revolución, que dejaron a la posteridad la narración dramática de una experiencia vivida; en las narraciones las traiciones surgen por doquier, traiciones tanto a los personajes históricos reales como a los personajes literarios ficticios; aparecen las madrugadas frías en pleno campo de batalla, los fusilamientos a granel y de a montón, la actitud firme de “los Juanes” y sus soldaderas frente al peligro; la destrucción de los pueblos y las haciendas; el adolescente y el hombre maduro que sin darse cuenta se ven envueltos en el torbellino de la Revolución, el hombre anónimo que se ve ascendido hasta general, para regresar después, si antes no lo matan, al anonimato del que salió; las mujeres que ven asesinar a sus hombres sin que se mueva un solo músculo de su cara, los niños que horrorizados se aferran a las faldas de su madre al ver que los soldados se llevan a su padre.

En la introducción que hace Antonio Castro Leal a su *Antología de la novela de la Revolución Mexicana*, escribe:

[la novela presenta] el cuadro de la Revolución en toda su complejidad, al mismo tiempo pintoresca, conmovedora y trágica: choques sangrientos de facciones enemigas, regocijos de la vida de campaña, formación de ejércitos improvisados, ataques a las ciudades y atropellos a las poblaciones pacíficas, intervención extranjera y complicaciones internacionales, asaltos y saqueos, héroes que se sacrifican y vividores que medran, angustias de la población civil y holocaustos de juventudes militares, cambios psicológicos y cambios sociales, hombres generosos que querían salvar a los pobres y que —al enriquecerse— olvidan sus convicciones; todo un pueblo que se levanta desde la servidumbre hasta el libertinaje, desde la ilegalidad hasta la Constitución de 1917, reivindicaciones que se extreman en venganzas, masas que forjan en la lucha los principios que las guían, movimiento unánime y violento que —dueño ya de la situación— retarda el triunfo y la organización final mientras que se despedazan los caudillos rivales impulsados por la ambición de poder.

Este mosaico aparece en las novelas de la Revolución Mexicana. En cada una de ellas el autor intenta encontrar el hilo conductor que le permita imponer orden al caos de la realidad en la que vive.

Las ideas políticas y las actividades a las que se dedicaron los novelistas, además de escribir, fueron diversas. Van desde médicos como Mariano Azuela, abogados como José Vasconcelos y Martín Luis Guzmán, hasta autodidactas como José Rubén Romero, pasando por militares como Francisco L. Urquiza y periodistas como Gregorio López y Fuentes. Se revisaron escritores de filiación villista como Azuela; carrancistas como Martín Luis Guzmán aunque después renegó del mismo Carranza y quiso saldar su deuda de gratitud con Villa escribiendo *Las memorias de Pancho Villa*; zapatistas como Gregorio López y Fuentes; nacionalistas convencidos como Vasconcelos; socialistas como José Mancisidor; todos con una gran habilidad y fina sensibilidad para captar los hechos y los hombres y después escribir acerca de ellos.

Las novelas seleccionadas presentan una posición intermedia entre la novela auténtica y un informe de experiencias personales. Entre los escritores aparecen diversos estilos y calidades, pero nadie superó a Mariano Azuela en su narrativa sobre el México revolucionario; a pesar del pesimismo de Azuela al interpretar a su pueblo y a su época, desarrolló admirablemente su capacidad de atención y la agudeza de su conciencia crítica. En una muy personal mezcla de realidad objetiva y subjetiva, Azuela logró una creación intensa y rica.

Las novelas permiten darnos cuenta de una infinidad de temas; en este trabajo daré sólo un breve “muestrario”. Por ejemplo, se narra la adhesión y admiración de

los hombres que lucharon en la Revolución hacia un jefe, un caudillo, un cabecilla que los dirigía en la lucha y a quien habían prometido fidelidad y lealtad eternas. No siempre se identifican con caudillos reales como Madero, Villa, Zapata, Carranza, Orozco.

Sobre Madero se escribió poco, probablemente por el breve tiempo que estuvo en la Presidencia. José Vasconcelos lo describe así:

No era Madero un político de oficio ni un demagogo. Su ideología iba más allá de sus planes. Lo sostenía la convicción de que es el ideal una fuerza que acelera el proceso si encarna en hombres despejados, resueltos y honestos. No era anticlerical ni jacobino y sí liberal tolerante con programa agrario. Creía en el poder del espíritu sobre el complejo de las cosas y de los sucesos. Era, en suma, una de esas figuras llamadas a forjar la historia, en vez de seguir sus vericuetos oscuros (José Vasconcelos: *Ulises criollo*).

Sin embargo, igual que muchos contemporáneos de Madero, también en las novelas se dudó de su poder político frente a la gran figura que durante más de treinta años había significado Díaz:

El chaparrito Madero ha prometido el oro y el moro, y como no podrá cumplirlo, lo descabezarán un día cualquiera... Ya verá usted. Ya verá usted. Que dizque democracia..., que sufragio efectivo y no-reelección... ¡Mmm! ¡Si don Porfirio, que tenía duro el colmillo —y no se tentaba el corazón, no pudo, menos va a poder ese pedazo de cristiano que ahora está en la sillita! (Mauricio Magdaleno: *El resplandor*).

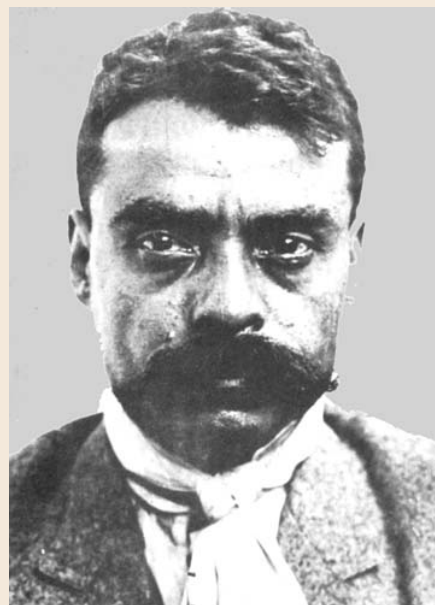
La figura de Zapata ocupa en las novelas de la Revolución un lugar más modesto que Villa; tal vez esto se explique por el hecho de que la mayoría de los escritores fueron partícipes en ella en los ejércitos del norte, que era una región revolucionaria más importante que la del sur, en donde Zapata y sus hombres libraban importantes combates guerrilleros con los federales, pero no batallas decisivas como las del norte.

Sobre Zapata escribe Francisco Rojas:

—A ese hombre lo siguen los probes como a un dios porque a su sombra despierta el descontento de los de abajo y nace el miedo de los encumbrados. A un grito de él, la rebelión ha nacido en el sur de México y hoy día no hay quien la detenga: es ya un torrente que todo lo arrastra y destruye (Francisco Rojas González: *La negra Angustias*).



Francisco Villa



Emiliano Zapata

A Francisco Villa, las novelas de la Revolución lo muestran enigmático y feroz, justo y caprichoso, humanitario y vengativo, grande y admirable en su brutalidad, poseedor de todos los atributos humanos. Mariano Azuela habló de Villa:

—¡Ah, Villa!... La palabra mágica. El gran hombre que se esboza, el guerrero invicto que ejerce a distancia ya su gran fascinación de boa (Mariano Azuela: *Los de abajo*).

A Villa se le llamó el Napoleón mexicano, el caballero azteca que cayó sobre la cabeza de Huerta, el gran guerrero que puso en apuros a los ejércitos de Carranza y Obregón. Hombre a quienes muchos no conocieron, pero cuyo nombre hacía sentir a los hombres poseedores de esa energía y voluntad del Centauro del Norte.

Carranza es el personaje menos mencionado en las novelas. Martín Luis Guzmán lo describe como un “hombre viejo y terco que no cambiaría jamás”, siempre haría caso a las alabanzas y no a las acciones, al servilismo y no a la capacidad, hombre que hasta la muerte sufriría, atraído por pequeñeces y ruindades como lo era él mismo. “Su frialdad calculadora —a eso llaman los turiferarios dotes de gran estadista— le servía para calcular lo chico, no lo magno, con lo que echaba a perder sus mejores momentos (Martín Luis Guzmán: *El águila y la serpiente*).

Las novelas no presentan a la Revolución a través de obras monumentales, lo hacen con cuadros y episodios vivenciales, unidos todos, el autor y los protagonis-

tas de su obra, en una causa común. La vida privada de los hombres desaparece ante el hecho social que se desarrolla; no importan sus vidas, importan sus hechos en el campo de batalla y los autores los narran a través de un lenguaje sencillo y popular; aunque sean muy pocos los “letrados” que puedan leerlos. “¿Para qué los nombres? No importa el nombre del general. No importa el nombre del soldado. Somos la masa que no necesita nombres ni para la hora de la paga, ni para la hora de la comida; vaya, que ni para la hora de la muerte”. (Gregorio López y Fuentes: *Campamento*).

Otro asunto que se aborda en la Novela de la Revolución es la sensación que tuvieron los hombres, al menos en los inicios del movimiento, de pertenecer a algo más que a “la peonada”, de estar unidos por un lazo distinto que el de trabajar de sol a sol para el mismo patrón. Se estableció entre ellos una solidaridad y ante un caudillo una fidelidad que tan sólo fue rota por la traición. Entre los hombres creció un sentimiento de destino compartido para luchar en favor de las masas populares, principalmente los campesinos; para ello no se escatimó, según las novelas, el valor y el sacrificio de los hombres y de sus líderes en el campo de batalla. “La revolución, que en su primera sacudida mezcló nuestras capas sociales y despertó en los de abajo la esperanza de una igualdad por tanto tiempo ambicionada”. (José Rubén Romero: *Desbandada*).

En las novelas de la Revolución Mexicana no podía faltar la mujer. En las novelas la mujer aparece como un ser sin nombre ni rostro, anónimo y secundario, aunque siempre presente; la compañera inseparable del soldado con quien comparte su destino, un “artefacto masculino” que se toma y se abandona cuando ya no es útil ni necesario. Un ser sin ubicación propia, no así en los corridos de la Revolución en los que la mujer ocupa un lugar importante y que generalmente lleva su propio nombre como título. En las novelas se encuentran personajes femeninos nobles y simpáticos, fieles la mayoría de las veces a sus hombres, pero nada más.

Una de las características propias de la Revolución Mexicana fue el que un grueso número de mujeres se incorporó directamente a ella, compartiendo con los hombres los momentos de batalla y los de descanso. Surge la figura de la soldadera mexicana que junto a los hombres, y al igual que ellos, toma parte de los combates; pero en las novelas aparece su figura como deslucida, atrás del hombre, perdida en su sombra. “—¡Éstos cargan con todo lo que encuentran! —completó Flora. Hasta pa peliar buscan primeramente naguas que carabinas”. (Jorge Ferretis: *Tierra Caliente*).

Azuela presenta varias figuras femeninas entre las que sobresalen “la pintada”, Camila y la mujer de Demetrio Macías, quien ni siquiera nombre tiene. Se trata de figuras femeninas muy diferentes. “La pintada”, mujer alegre que se une a quien le ofrezca mayor paga y cómoda vida, capaz de matar si alguien intenta quitarle

a “su hombre”, como lo hizo con Camila, campesina ingenua y noble que al ser engañada por Cervantes es entregada a Macías, para después poco a poco irle “cobrando voluntad”, tanta que hasta se negó después a abandonarlo.

Aparece también la figura de la mujer bella, elegante, refinada y romántica, alrededor de quien se teje una historia que sucede al margen de la Revolución. O la que evoca recuerdos al escritor, como la Adriana de José Vasconcelos. O la mujer prohibida que es capaz de dominar al general Felipe Rojano, como sucede con Gabriela en *La escondida*. O la madre cariñosa y tierna dispuesta a prodigar siempre sus caricias y cuidados, como lo hace la madre de Nellie Campobello en *Las manos de mamá*.

Nellie Campobello así describe a su madre:

Esbelta como las flores de la sierra cuando danzan mecidas por el viento.

Su perfume se aspira junto a los madronios vírgenes.

Su forma se percibe a la caída del sol en la falda de la montaña.

Era como las flores del maíz no cortadas y en el mismo instante en que las besa el sol.

Un himno, un amanecer, toda Ella era. Los trigales se reflejaban en sus ojos cuando sus manos, en el trabajo, se apretaban sobre las espigas doradas y formaban ramilletes que se volvían tortillas húmedas de lágrimas (Nellie Campobello: *Las manos de mamá*).

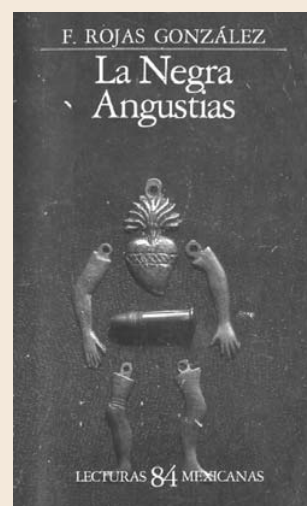
La negra Angustias es una magnífica excepción, pues la protagonista es una mujer que defiende la causa noble por la que lucha, y además defiende a las de su género. Brava mujer que siempre defendió a las mujeres, hasta a las prostitutas a quienes los hombres de su regimiento no querían pagar sus servicios:

—¡Págale, Güitlacoche!

—Pero mi coronela —respondió el capitán—, parece mentira que usted se cargue mejor del lado de las güilas...

—Págale y cállate el hocico —dijo la mulata—. Las güilas merecen más respeto que todas las otras... Éstas se revuelven con los machos por dinero, aquí no hay amor ni brama... Hay hambre, no ganas. Ellas cobran por soportar la peste y la brutalidad; lo otro no les importa... ¡Págale Güitlacoche!

En un rincón suspira el Bicicleto:



—Lástima que el más hombre de todos sea mujer (Francisco Rojas González: *La negra Angustias*).

La ausencia de firmes convicciones por las que se luchaba y al lado de quién se hacía, parece ser un fenómeno presente en los hombres, tanto los que integraban los diversos ejércitos revolucionarios como los “pelones” federales.

Tal parece que la gigantesca ola que fue la Revolución, especialmente en la zona norte del país, arrastró a los hombres sin darles tiempo ni oportunidad de decidir su destino. Ya en la revuelta ellos mismos se preguntarán por qué están ahí, al lado de quién luchan. Entre ellos mismos se reprochan la falta de convicciones políticas, carencia que los hace “cambiar de chaqueta” en el momento necesario, sin importar el bando. De lo que se trataba era de aprovechar la oportunidad para obtener el mayor provecho propio.

—Tengo la franqueza de sacar la cara por los federales que se han rendido, Naturalmente, la cabra busca al monte...

—¿Lo dices porque fui rural? No es una vergüenza. Nos tocó en suerte haber quedado de la otra orilla, pero rectificamos a tiempo nuestra conducta y creo que hemos peleado al menos como ustedes.

—Pues yo, en la primera oportunidad, zafo el hombro.

—¿Y qué hará la revolución sin usted, capitán de dedo?

—¡Lo que hacía sin usted, chaquetero! ¡Triunfar! (Gregorio López y Fuentes: *Campamento*).

Sin embargo los hombres, cualquiera que fuera el bando en el que estaban, en momentos de calma tenían la suficiente capacidad de reflexión sobre su situación y sobre lo que estaban haciendo, y entonces aparecía el remordimiento y la pena por lo que hacían al matar al “otro”, al que ni siquiera conocían y de quien no habían recibido ningún agravio, Pero entonces ¿quién era el responsable de ese caos?

—...hemos matao muchos prójimos..., nos dijeron que íbamos a peliar contra los ricos...; pero pos... lo que yo miro es que nos matamos casi puros probes...

—Yo no sé, de verdad, ni pa qué peliamos..., pero pa' algo ha de ser..., alguien ha de tener la culpa... (Jorge Ferretis: *Tierra Caliente*).

La ausencia de “intelectuales orgánicos” —en palabras de Gramsci— tanto en los ejércitos revolucionarios como en los federales, está presente en las novelas. Y los que llegaron a las diversas facciones sólo despertaron desconfianza y absoluta incompreensión, pues hablaban en un lenguaje que probablemente ni ellos mismos entendían.

Así les hablaba un tal Pérez Gómez a los hombres de la coronela Angustias:

[...] comprender a fondo las doctrinas emancipadoras de Rousseau, Juan Jacobo; la tóxica satírica de Voltaire, Francisco María Arouet; las sutilezas malvadamente sabias de Maquiavelo, Nicolás; las atrevidas y enmarañadas ideas de los intérpretes del pensamiento actual: Comte, Augusto; Weber, Max; Simmel, George..., y hasta las pintorescas y utópicas de ese judío que se llama Carlos Marx (Francisco Rojas González: *La negra Angustias*).

Entender todo esto era lo único que le faltaba a las tropas de la mulata Angustias, y tal vez a todos las demás facciones, para que su lucha fuera un auténtico movimiento revolucionario. A este recién convertido y “nuevecito” revolucionario, advenedizo como hubo tantos que “desinteresadamente” se unieron a la defensa de los “nobles ideales” de la Revolución, Concho, un hombre de la mulata Angustias, menos erudito que Pérez Gómez pero más sabio que él, le respondió: “—Pos ora sí, patroncito, que cada quien tiene su modo de matar pulgas” (Francisco Rojas González: *La negra Angustias*).

Sin embargo, la Revolución era algo más, algo que animaba a los hombres a la lucha y que, a pesar de sus errores, pasiones, locuras, odios y deseos de sangre, a pesar de los propios hombres significaba algo más que la venganza. Así se lo dice el general orozquista Marcos a Álvaro, el recién ingresado al ejército de “los colorados”:

—Pero no estamos peleando por venganza, Alvarito. La Revolución es algo más, algo tan grande que nos exhibe a los hombres en toda nuestra insignificancia: es la inconformidad del pueblo con su miseria. Cuatrocientos años trabajando para recibir en pago el hambre que lo enerva, que lo debilita, que lo agota, El hambre, esa punta de hierro hundida en el vientre. Las generaciones nacen y mueren con hambre, sin haberse sentido hartas nunca. Hasta que se arranquen del vientre aquel hierro que en sus manos se convierte en arma para luchar contra su enemigo. Eso es la Revolución (Rafael F. Muñoz: *Se llevaron el cañón para Bachimba*).

En las novelas surge la antinomia de una sucesión fatalista de la historia y una posibilidad, aunque débil en un principio, de intervenir conscientemente en ella; esto se deduce de la descripción que se hace de las circunstancias que rodean a los acontecimientos, el carácter dramático de la acción de los protagonistas, el diálogo que la acompaña.

Ese fatalismo y ausencia de voluntad se lee claramente en Azuela, a través de un breve diálogo que Demetrio Macías tiene con su esposa:

—¿Por qué pelean ya Demetrio?

Demetrio, las cejas muy juntas, toma distraído una piedrecita y la arroja al fondo del cañón. Se mantiene pensativo viendo el desfiladero, y dice:

—Mira esa piedra cómo ya no se para... (Mariano Azuela: *Los de abajo*).

¿Y qué se lee en las novelas sobre el indio? Vasconcelos y su ideal del hombre criollo y mestizo, manifiesta en sus obras un cierto recelo hacia las masas populares, hacia los indios y su “aztequismo”. Vasconcelos asegura que mientras los indios no sean educados:

[...] subsistirá el sistema de sacrificios humanos, así se llame Victoriano Huerta o Plutarco Elías Calles el Moctezuma en turno. Todo esto sentía latir Madero

bajo la costra de la democracia que implantaba (José Vasconcelos: *Ulises criollo*).



José Vasconcelos

Los yugos de la ignorancia y la superstición eran las únicas propiedades que se les reconocían a los indios. La ignorancia fomentada por las autoridades civiles y la superstición por las eclesiásticas. Los mismos escritores reconocen en los indios esas condiciones, critican al cura y al cacique pero también los critican a ellos. Las injusticias que los “de razón” cometían con los indios, despertaban en los escritores sentimientos de vergüenza y rebeldía, pero nada más.

Cena de cortesanos más que de rebeldes, cristales de Baccará, lozas de China, mantelerías de Bruselas, flores sobre la mesa desmayándose con languideces de mujer, y nosotros, remendados y tristes, vendiendo como Esaú, nuestros principios por un plato de lentejas.

Allí fraternizábamos con los ricos ante el halago de una mesa opípara, olvidando nuestras ideas igualitarias, mientras nuestros compañeros de lucha se agrupaban friolentos y humildes en los corredores de la casa, después de haber tomado por todo banquete su porción de tortillas y de frijoles, como cuando eran siervos pacíficos de la Dictadura (José Rubén Romero: *Apuntes de un lugareño*).

Otras novelas critican duramente las maneras como se hizo política en el periodo posterior a la revolución violenta, especialmente en los años de Carranza, de Obregón y de Calles; obras en las que se criticó el ejercicio que se hizo de la política dentro de un sistema social corrupto, corruptos tanto las instituciones como los hombres, todo en manos de unos cuantos también corruptos.

...si no le madruga usted a su contrario, su contrario le madruga a usted, ¿qué pasa cuando los buenos tiradores andan acechándose pistola en mano? El que primero dispara, primero mata. Pues bien: la política en México, política de pistola, sólo conjuga un verbo: “madrugar” (Martín Luis Guzmán: *La sombra del caudillo*).

Al triunfo de la Revolución ya no eran necesarios ni los Villa ni los Zapata. Ahora se necesitaban los Carranza y los Obregón, “hombres de ideas” que harían realidad los proyectos revolucionarios a través de sus gobiernos y sus acciones, como lo fue la Constitución de 1917.

Pareciera que con la Constitución de 1917 la lucha armada llegaba a su fin. ¿Significaría esto el verdadero triunfo de la Revolución?

La revolución contaba con un código agrario y toda una legislación del trabajo. Tierras y una vida humanizada quedaban prescritas para siempre, Los millones de muertos que en la guerra habían caído los habían convertido en ley. Esta era su victoria... (José Mancisidor: *En la rosa de los vientos*).

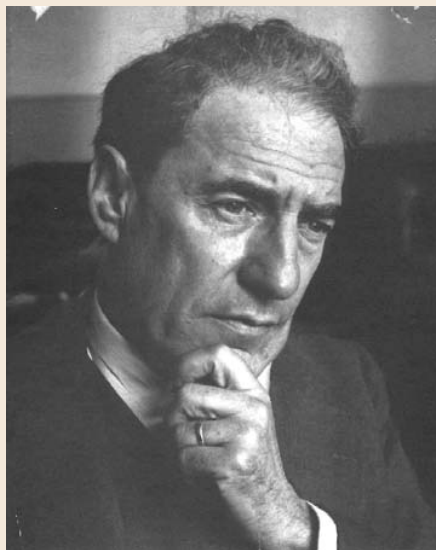
Ahora se pensaría en la paz, en la seguridad del porvenir, en la posesión y trabajo de las tierras y la seguridad en el trabajo. Pero pasaron meses y nadie de los que podían hacerlo pensaban en cumplir lo ofrecido. Las leyes son las leyes pero no siempre se cumplen y también pueden ser violadas:

¿Que existía una ley agraria que hablaba del retorno de la tierra a sus dueños verdaderos? ¡Bien! No se negaba..., pero tampoco se cumplía. Las leyes son a veces un cebo para pescar incautos o un compromiso impuesto por las circunstancias... (José Mancisidor: *En la rosa de los vientos*).

El abuso del poder y la explotación de los campesinos, continuaron de manera tal que no hubo diferencia con las condiciones en las que vivían bajo el gobierno de don Porfirio Díaz. Entre las novelas que denunciaron esta situación, podemos citar *La sombra del caudillo* de Martín Luis Guzmán y especialmente *Resplandor* de Mauricio Magdaleno, novelas en las que se observa que el problema principal

del campesino, por el que él mismo luchó en los ejércitos revolucionarios, problema que todos le prometieron resolver, quedaba sin solución: la devolución de la tierra; todo se guardaba en documentos y resoluciones presidenciales, que se “perdían y olvidaban” entre querellas de políticos. El problema de la devolución de la tierra que era lo que había motivado a los campesinos para unirse a la lucha, nadie lo había resuelto de manera efectiva como lo establecía la Constitución de 1917.

Igual que en tiempos de don Porfirio, el peón seguía aún tímidamente preguntándose cómo era que él no tenía tierra ni derechos iguales ante la ley; ahora había que utilizar nueva táctica, ya no la leva o la masacre como lo hacía el presidente Díaz: convencer al campesino que la devolución de su tierra se haría después, una vez que la Revolución se hubiera logrado cabalmente, pues todavía seguía en marcha ascendente.



Martín Luis Guzmán

—Lo bueno hubiera sido no dejar que el patrón regresara a la hacienda o que se le hubiera puesto la condición de darnos tierra y libertad para trabajarla,

—Eso no podía ser. La propiedad es sagrada. El que tiene chiche, mama, y el que no, se cría sanchito...

—Mire, compa; yo he oído algo de eso de las tierras, que fueron de no-

sotros y que nos las han quitado los abogados. Tengo la idea, pero no sé discursar, ¡Qué desgracia la de no conocer las letras! (Gregorio López y Fuentes: *Tierra*).

Se aprecia en los escritores una inconformidad y una desconfianza hacia los nuevos derroteros que toma el país. Muestran desilusión y desprecio por un movimiento que no los reconoció como a los más capaces, como aquéllos que debían guiar los destinos del pueblo, que los hizo a un lado para dar paso al general en turno.

En algunas novelas se manifiesta una clara defensa por la patria y el pueblo mexicanos frente a la intromisión de otros pueblos, especialmente los Estados Unidos de Norteamérica; pueblo éste cuyo imperialismo fue resentido por muchos mexicanos.

Varios de los escritores, por ejemplo Martín Luis Guzmán, estuvieron refugiados en algunas poblaciones de los Estados Unidos, donde el magnetismo de los comercios atraía a los mexicanos de manera dominante; donde el orden, la limpieza y el derroche contrastaban con los pueblos mexicanos empobrecidos y asolados por la guerra. Sin embargo, la crítica no se hace esperar: los comerciantes del otro lado se ofrecían inmediatamente a proveer a los ejércitos sin importar el bando, lo que importaba era el gran negocio de la guerra.

Los de Nogales nos equipaban para la vida y para la muerte; igual nos daban el vino que se consumía en las fiestas oficiales de la Primera Jefatura que los tiros con bala de acero o bala expansiva para nuestras pistolas, lo uno y lo otro a cambio de los papelitos impresos que nosotros les entregábamos a guisa de moneda, y que luego les servían a ellos para llevarse los restos de la riqueza que la Revolución malbarataba por razones imperativas y porque era “riqueza de los científicos” (Martín Luis Guzmán: *El águila y la serpiente*).

Asimismo, el nacionalismo se manifiesta frecuentemente en las novelas, donde el sentido de patria se coloca más allá de toda ideología y partido político revolucionario, como se lee en *Frontera junto al mar*, donde Mancisidor narra cómo se unieron federales y revolucionarios en un propósito común: expulsar al soldado yanqui de nuestro país cuando éste invadió las costas veracruzanas en 1914, durante el gobierno de Victoriano Huerta.

Aquí se unen todos, los aliados de Huerta y sus opositores para defender al puerto y expulsar al invasor extranjero. Hasta “Chespiar”, el anarquista convencido, olvida sus ideas de rechazo a todo tipo de gobierno y su negación del concepto de pueblo limitado por fronteras convencionales, y lucha junto a una voluntad única: salvar a la patria y al pueblo:

—No —denegó Chespiar con gesto enérgico—. Ahora no me equivoco. Pude creer que me daría lo mismo que los gringos o los Huerta ganaran la partida, porque no supe descubrir que por encima de Huerta y los mezquinos móviles que a aquéllos impulsan está el pueblo... ¡El pueblo! Esa cosa indefinible a veces, intangible en otras, pero existente... ¡El pueblo!... (José Mancisidor: *Frontera junto al mar*).

Pero esa patria y ese pueblo fueron traicionados y abandonados al triunfo de la Revolución. A la Patria, a la Revolución, al Pueblo se les cantan himnos y loas y se les hacen homenajes todos los años, pero no se hace nada por ellas ni por él.

La Patria, más triste que sus hijos, encomendó a Juan un mensaje para los mexicanos posrevolucionarios: “—Camina Juan... díles que me canten menos... y que me miren... más...” (Jorge Ferretis: *El sur quema*).

La Patria se siente traicionada, utilizada como excusa para medrar y traicionar; ¿dónde quedaron los nobles anhelos por los que se había luchado en la Revolución? La injusticia era lo que reinaba por todas partes:

Cerca de la estación [Morelia], al pasar frente a la estatua de la Justicia, pude por fin tomar un coche. Cuando me acomodé en el asiento y solté la maleta me pareció que la Justicia quería arrancarse la venda de los ojos, tirar en malhora las balanzas y emprender también el camino, sin rumbo, con el anhelo imposible de encontrar un país donde no se le venda o no se le burle (José Rubén Romero: *Apuntes de un lugareño*).

Pero no todo estaba perdido. A los hombres siempre les queda la esperanza de que se puede vivir en un mundo mejor, si no uno mismo entonces nuestros hijos que vienen después, siempre y cuando los hombres encuentren sus destinos y “dejen de andar como locos”.

Él [Ponciano] tendría tiempo para enseñar muchas cosas al suyo [su hijo]. Le diría que el mundo está loco; que los hombres ya no pueden con la civilización. Que no saben qué quieren. O más bien, que los pobres ya no son capaces de querer nada, porque se les ha desteñido la intención y se les ha enmugrado la esperanza (Jorge Ferretis: *El sur quema*).

A pesar de que la esperanza estaba “enmugrada”, manchada, todavía quedaba la posibilidad de encontrar otro camino que no fuera nuevamente la violencia y el matarse hermanos contra hermanos, como había sucedido en la Revolución de 1910. Pero al lado de la esperanza está también la amenaza de que si nosotros los hombres, tanto “los de arriba” como “los de abajo”, no encontramos qué es lo que queremos y hacia dónde vamos, la manera en que solucionaremos este problema será otra vez a través de la violencia. Recordemos el final de *Los de abajo*: “Demetrio Macías, con los ojos fijos para siempre, sigue apuntando con el cañón de su fusil...” (Mariano Azuela: *Los de abajo*).

Concluyo este ensayo con una serie de reflexiones sobre la Revolución, la historia y la novela. La Revolución sigue y seguirá siendo objeto de estudio y de análisis de muchos mexicanos y no mexicanos interesados en el tema. Ojalá que el interés y la curiosidad que la Revolución despierta en nosotros, se acompañe del propósito de entender el pasado, corregir errores, y evitar nuevos sufrimientos al pueblo mexicano. Sin esto, de poco servirá la historia.

En repetidas ocasiones la lectura de las novelas de la Revolución produce sensaciones de perplejidad. Alfonso Reyes al referirse a la Revolución de 1910, y compararla con la de Reforma del siglo pasado, dice: “Nació casi ciega y, como los

niños, después fue despegando los párpados. La inteligencia la acompaña, no la produce; a veces tan sólo la padece, mientras llegue el día en que la ilumine...”

En las novelas se criticó la conducta de “los revolucionarios”, no a la Revolución que fue traicionada por los hombres. Estos escritores no fueron contrarrevolucionarios, intentaron rescatar los fundamentos liberales de la Revolución que se levantó en contra del sistema porfirista. Los novelistas intentaron encontrar el justo medio entre los extremos, fueron conservadores, se presentan como gente preparada con gran fuerza moral y decencia, que puede llegar hasta el sacrificio y la renuncia, pero que no se apasiona ni se entrega desenfrenadamente y sin razón. El novelista es un “héroe” correcto pero no heroico, en él predominan los prejuicios conservadores, es el que entiende lo que se halla diseminado y sin control, por ello se sienten con derecho de ocupar la cabeza. En cambio, los líderes populares son apasionados, tienen el propósito de aniquilar al contrario, vivir el presente ante la incertidumbre del porvenir, hacer hoy lo que siempre les fue prohibido, tomar lo que siempre les estuvo vedado.

Los ideales de los escritores, en donde el hombre y sus derechos, eje principal alrededor del cual debe girar toda la sociedad, se ven negados por los nuevos líderes de la Revolución Mexicana. Una nueva casta de privilegiados militares y civiles ocupa el lugar de los científicos, un nuevo jefe supremo de la Revolución ocupa el lugar de don Porfirio, todo sigue igual que antes de la Revolución. Lo único que cambió fueron los gobernantes, pero nuevamente un grupo de hombres astutos y ambiciosos, no los “intelectuales más capaces”, ocupan el poder político para beneficio propio y de unos cuantos que los rodean.

Las novelas de la Revolución en su lucha contra el Porfiriato, pudieron haber desempeñado un papel muy importante en la conciencia de los lectores, pero no alcanzaron esa significación, porque muy pocos sabían leer y escribir en México en las primeras décadas de este siglo. A pesar de ello su lectura permite entender que los tratados de historia no transmiten, conocer de cerca a los hombres que formaron los ejércitos revolucionarios, comprender el pensamiento y los proyectos de quienes encabezaron la lucha: Madero, Zapata, Villa, Carranza, Obregón; participar de cerca en la lucha de los hombres, escuchar sus problemas, anhelos y esperanzas, sus desconciertos y decisiones rápidas y no pensadas, en fin, comprender mejor lo que significó la “gran rebelión”, la Revolución Mexicana de 1910.

Por otro lado, la mayoría de estas obras se escribieron durante la lucha; sin embargo no se publicaron entonces sino años después, cuando ya la violencia revolucionaria había cesado bajo la dirección del constitucionalismo, se leyeron con distancia.

La lectura de estas primeras novelas puede provocar desconcierto en el lector. Si ese remolino violento y devastador fue la Revolución Mexicana, ¿dónde queda

todo lo que la historia oficial ha dicho y escrito de ella como movimiento creador y reivindicatorio del pueblo mexicano?

Sin embargo, se entienden mejor estas novelas si se leen como protesta porque la Revolución Mexicana en su desarrollo y triunfo no siguió las ideas políticas y sociales de los escritores; decepcionados se alejaron casi todos de la política mexicana. Si no confundimos la novela con la realidad misma que en ella se narra, si entre líneas encontramos la ideología del autor y del texto mismo, las contradicciones del autor y su propio pensamiento, entonces las novelas de la Revolución se convierten en la historia más rica y profunda de ese gran movimiento social de 1910.

BIBLIOGRAFÍA

- Aristóteles. *La poética*. México, Editores Mexicanos Unidos, 1989.
- Azuela, Mariano. *La malhora, El desquite, La luciérnaga*. México, Fondo de Cultura Económica, 1980.
- Castro Leal, Antonio. *La novela de la Revolución Mexicana*. 2 vols. México, Aguilar, 1981.
- Mariano Azuela: *Los de abajo, Los caciques, Las moscas*. En Castro Leal, Antonio, *op. cit.*
- Martín Luis Guzmán: *El águila y la serpiente, La sombra del caudillo*. En Castro Leal, Antonio, *op. cit.*
- José Vasconcelos: *Ulises criollo*. En Castro Leal, Antonio, *op. cit.*
- Agustín Vera: *La revancha*. En Castro Leal, Antonio, *op. cit.*
- Nellie Campobello: *Cartucho, Las manos de mamá*. En Castro Leal, Antonio, *op. cit.*
- José Rubén Romero: *Apuntes de un lugareño, Desbandada*. En Castro Leal, Antonio, *op. cit.*
- Gregorio López y Fuentes: *Campamento, Tierra, ¡Mi general!* En Castro Leal, Antonio, *op. cit.*
- Francisco L. Urquiza: *Tropa vieja*. En Castro Leal, Antonio, *op. cit.*
- José Mancisidor: *Frontera junto al mar, En la rosa de los vientos*. En Castro Leal, Antonio, *op. cit.*
- Rafael F. Muñoz: *¡Vámonos con Pancho Villa!, Se llevaron el cañón para Bachimba*. En Castro Leal, Antonio, *op. cit.*
- Mauricio Magdaleno: *El resplandor*. En Castro Leal, Antonio, *op. cit.*
- Miguel N. Lira: *La escondida*. En Castro Leal, Antonio, *op. cit.*
- Ferretis, Jorge. *Tierra Caliente*. Madrid, Espasa Calpe, 1935. *El sur quema*. México, Ediciones Botas, 1937.
- Lukács, Georg. *Sociología de la literatura*. Barcelona, Ediciones Península, 1973
- Martínez, José Luis. "La novela de la Revolución", en *El Gallo Ilustrado*, núm. 230, supl. de *El Día*, México, 20 de noviembre de 1966.
- Rojas González, Francisco. *La negra Angustias*. México, Compañía General de Ediciones, 1955.
- Vasconcelos, José. *La tormenta*. México, Jus, 1983. *El desastre*. México, Jus, 1979.